

La reacción de Jeremías al rechazo

Dayton Keesee

Hemos visto que el mensaje de Jeremías fue rechazado, y que el profeta mismo fue objeto de rechazo y de maltrato. ¿Cómo le afectaron estas reacciones? La respuesta nos lleva otra vez a través del libro para examinar lo que hemos llamado «las confesiones de Jeremías».¹ En estas reflexiones, el siervo de Dios hallará una de las lecciones que más invitan a reflexionar y de mayor valor práctico, de todas las que el siervo de Dios alguna vez estudiará.

Jeremías fija un nuevo nivel para todos los que han sido maltratados por sus hermanos y por sus propias familias. Si alguna vez le han agobiado tales condiciones, ¡entonces usted necesita leer la porción que sigue! Aunque fue tentado a renunciar, ¡Jeremías jamás lo hizo!

Aquellos de ustedes que se hayan visto enfrentados a la injusticia a tal grado que sintieron que ya no lo soportaban más —¡lean esta porción! Si usted ha tenido que estar mirando lo desagradable, lo injusto y lo indeseable a tal grado que sintió que ya no lo soportaba más —¡lea esta porción!

Si usted ha sido atacado, y se sintió tan solo que tuvo deseos de alejarse —¡lea esta porción! Si usted ha luchado con los problemas hasta que las lágrimas mancharon su almohada —¡lea esta porción! Si usted ha luchado contra la falsedad por tanto tiempo que estuvo a punto de dejar de declarar la

verdad —¡lea esta porción! Si el rechazo le ha causado dolor que no tiene alivio —¡lea esta porción!

Jeremías anduvo por los anteriores caminos, y es probable que hiciera frente a más tribulaciones que las que nosotros alguna vez enfrentaremos, pero él nunca desaprovechó una oportunidad para declarar: «Así dice Jehová». Recuerde los diferentes campos en que él predicó y a todos a quienes predicó. No olvide cuánto lo rechazaron. Recuerde que él sirvió a las mismas almas por más de cuarenta años y básicamente fue rechazado por todas las naciones. Jeremías no era un autómata sin sentimientos; para todos los que vivían en Judá él era un hermano bondadoso que se preocupaba. Le dolía cuando procuraba ayudar. Predicó heroicamente la voluntad de Dios, sabiendo que la respuesta solo le produciría dolor. Luchó valientemente en una batalla por la nación, a pesar de que ya sabía por revelación de Dios, que su pueblo estaba destinado para la derrota.

SU REPUESTA A LA CAÍDA DE JUDÁ

¿Cómo afectó todo esto a Jeremías? ¿Titubeó alguna vez? ¡Claro que sí! En las porciones autobiográficas de su libro hay expresiones manifiestas de su dolor y depresión. Necesitamos considerar con atención este aspecto intensamente humano de su relato, porque contiene enseñanzas especiales sobre cómo andar por los valles de la vida sin fracasar, cómo lidiar con nuestras debilidades sin abandonar el puesto del deber, y cómo ver más allá de la carne para servir a Dios.

La lección más importante para nosotros es que Jeremías experimentó debilidad y depresión, ¡pero aun así llevó a cabo la tarea que su Creador le encomendó! Tan seguro como que Pablo aprendió a vivir humildemente y a tener abundancia, a estar

¹ «Al ser hombre de contienda y de discordia para toda la tierra (Jer. 15.10), [Jeremías] se debatía entre lo que hubiera preferido hacer y su sentido de deber para con el Señor. Él manifiesta estos sentimientos una y otra vez, y, siguiendo el título del muy conocido libro de Agustín (Las confesiones), estas porciones [...] se han llegado a conocer popularmente como “Las confesiones de Jeremías”» (Jack P. Lewis, *The Major Prophets [Los profetas mayores]* [Memphis: Hester Publications, 1999], 58).

saciado y a tener hambre (Filipenses 4.11–12), Jeremías soportó toda la gama de las emociones humanas. ¡En el proceso, aprendió acerca de la verdadera fidelidad y dedicación! ¿Le gustaría usted ser así? ¡Entonces siga leyendo, aprendiendo la lección que él aprendió!

SUS CONFESIONES

Si nosotros pudiéramos hablarle a Jeremías acerca de su vida como gran profeta vetero-testamentario, él podría respondernos con palabras como las que John Henry Jowett escribió a su amiga Alice Slater:

Deseara que no piense usted que soy tan santo. Parece usted imaginarse que no tengo mis altibajos, sino que ando por un terreno elevado y nivelado de logros espirituales, de gozo y ecuanimidad continuos. De ninguna manera es así. A menudo me siento completamente desdichado y todo me parece tenebroso. A menudo siento como si mi vida religiosa apenas ha comenzado, y que me encuentre en la etapa del jardín de la infancia.²

¡Jeremías tuvo sus luchas, pero por la gracia de Dios siguió siendo Su siervo fiel! La historia de las luchas de Jeremías ha hecho que su libro se convierta en un recurso de singular valor para los que han servido en medio de la murmuración y la resistencia. A medida que la personalidad de Jeremías se manifiesta para que nosotros la estudiemos, podemos aprender algunas de las lecciones más prácticas de la vida y que más invitan a reflexionar. La obra *The Pulpit Commentary* asevera:

... Jeremías imprime su sello a una época de la historia de la profecía. Isaías y los demás profetas de su generación están totalmente absorbidos en su mensaje, y no dan cabida a la demostración de sentimientos personales. En Jeremías, en cambio, el elemento del sentimiento humano está constantemente teniendo dominio sobre lo profético [...] la transparencia de Jeremías no es propiciada únicamente por los problemas personales, sino por los del pueblo de Dios. Las palabras de Jesús, cuando dijo: «¡... y no quisiste!» y «Mas ahora está encubierto de tus ojos», bien podrían, como observó Delitzsch, ser dados como lemas al libro de Jeremías.³

² Clark W. Hunt, *Mighty Men of God (Poderosos varones de Dios)* (New York: Abingdon, 1959), 141.

³ T. K. Cheyne y W. F. Adeney, *The Pulpit Commentary (El comentario del púlpito)*, vol. 11, *Jeremiah, Lamentations (Jeremías, Lamentaciones)*, ed. H. D. M. Spence y Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), xi–xii.

Jeremías nos dejó esta constancia inspirada de su agitación interior. Al ser enfrentados nosotros con frustraciones parecidas, sus palabras pueden ayudarnos a mantenernos firmes y a hacer lo correcto. El tormento de su alma puede abrir nuestros ojos a lo obvio, facultándonos no solo para evitar algunos errores, sino también para obtener su victoria.

SU DESEO DE ALEJARSE

Los problemas llegaron, y Jeremías escribió: «¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que lllore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!» (9.1).

Cuando usted dice: «Lloré hasta que ya no pude más», ha alcanzado uno de los más dolorosos niveles de la experiencia humana. Jeremías lo alcanzó. Su dolor se intensificó por la fuente de su preocupación, que él identificó como su pueblo. Es preocupante ver la pecaminosidad de cualquier persona, pero el dolor es más profundo cuando la maldad la hace el propio pueblo de uno.

Mientras Jeremías observaba sus caminos malos y deseaba redimirlos, otra parte de sí mismo clamaba por alejarse de ellos:

¡Oh, quién me diese en el desierto un albergue de caminantes, para que dejase a mi pueblo, y de ellos me apartase! Porque todos ellos son adúlteros, congregación de prevaricadores. Hicieron que su lengua lanzara mentiras como un arco, y no se fortalecieron para la verdad en la tierra; porque de mal en mal procedieron... (9.2–3).

Hay varias expresiones que declaran el deseo del hombre de alejarse de la escena: «Haga que el mundo se aleje»; «¡Diga que no es así!»; «¡No! ¡No! No lo voy a creer». Ninguna de estas describe mejor el profundo dolor y depresión que el deseo de Jeremías de contar con un albergue junto al camino donde pudiera estar lejos de la enfermedad de su propio pueblo.

Medite por un momento. ¿Ha experimentado algún lector una escena tan sórdida, que todos eran adúlteros y mentirosos, y procedían de mal en mal? Solo uno o dos casos en una familia o congregación constituyen suficiente devastación. ¿Cómo maneja uno tal desilusión y disgusto? El llanto de Jeremías y su deseo de alejarse son emociones naturales, pero ¿serán correctas?

Kyle M. Yates expresó lo siguiente acerca de Jeremías en esos momentos:

En el momento de su aflicción se imagina que le gustaría romper con el pueblo que no merece

nada de él. ¡Qué placentero es ser aliviado de toda responsabilidad e irritación! Literalmente le causaba náuseas el observar que habían sustituido la religión por un rito vacío, impío y formal. Todos los días oraba, amaba, predicaba y advertía, tan solo para recibir la clase de indiferencia que le quemaba el alma. Este pueblo estaba condenado de todos modos. ¿Por qué seguir adelante a un ritmo que lo podía matar? Es bueno saber que cuando Jeremías tuvo el privilegio de abandonar a estos mismos vecinos traidores, él eligió quedarse con ellos y darles el resto de los días de su vida haciendo lo mejor que podía con ellos.⁴

El hecho de que Jeremías se quedara nos produce admiración por su constancia, fortaleza y valentía. Que Dios nos conceda la sabiduría para saber cuándo quedarnos y cuándo irnos. Si usted alguna vez lucha con este dilema, recuerde a Jeremías. También, busque la sabiduría de Dios y pregunte: «¿Qué desearía Dios que hiciera?». Durante seis mil años Dios ha seguido al lado del hombre, derramando Su gracia y misericordia, haciendo «salir su sol sobre malos y buenos, y [haciendo] llover sobre justos e injustos» (Mateo 5.45).

Clyde T. Francisco planteó las siguientes ideas para consideración:

¿Adónde puede ir Dios? ¿A algún remoto rincón del universo a crear un nuevo mundo, mientras este se acabe de arruinar? ¡Por supuesto que no! Tampoco puede un hombre dedicado darse el lujo de alejarse. Muchos hombres abandonan una situación difícil tan solo para volver la espalda a la grandeza. El momento para que un ministro se aleje, si es que está dentro de su potestad, es cuando ha tenido éxito, no cuando ha fracasado. Recalcamos, por supuesto, si es que está dentro de su potestad. Si uno está en una situación en la cual no solo es obvio que ha fracasado, sino que continuará fracasando, mientras que hay otro que puede hacer mejor la obra, la mejor decisión será reconocer la derrota y seguir adelante a una situación donde pueda sacar provecho de los errores del pasado.⁵

Cuando uno ha pecado contra otro, o tiene algo contra otro, estas almas necesitan reunirse (Mateo 5.23–24; 18.15). No obstante, cuando Pablo y Bernabé tuvieron diferencias, uno fue en una dirección, y el otro sirvió en otros lugares (Hechos 15.36–41). No hay nada que indique que las acciones de ellos causaran daño a la iglesia. Con el tiempo,

⁴ Kyle M. Yates, *Preaching From the Prophets (Prédicas tomadas de los profetas)* (New York: Harper Brothers, 1942), 143.

⁵ Clyde T. Francisco, *Studies in Jeremiah (Estudios en Jeremías)* (Nashville: Convention Press, 1961), 71.

Marcos llegó a ser un hermano, con quien Pablo pudo trabajar (Colosenses 4.10; 2ª Timoteo 4.11).

Aunque no hay un método fijo para resolver toda situación, este estudio acerca de cómo Jeremías se mantuvo con el pueblo de Judá debe ser considerado seriamente. Antes de salir de una forma apresurada, dejando atrás un desastre de hermanos heridos y de problemas no resueltos, piense en cuánto soportó Jeremías. ¡Él se quedó porque Dios lo quería allí!

UN ESTUDIO ESPECIAL

Maquinaciones personales contra Jeremías (11.18–25)

Nos causa profundo dolor cuando vemos a los demás en pecado, pero cuando los que son corruptos maquinan y conspiran en contra de uno, ¡el impacto de su pecado es mayor!

Pareciera que el primer conflicto de Jeremías con el pueblo de Judá provino de su propio pueblo en Anatot. En vista de que los esfuerzos de reforma del rey Josías comenzaron a los doce años de su reinado (2ª Crónicas 34.1–5), y en vista de que Jeremías comenzó su obra profética en el año decimotercero del reinado de Josías (Jeremías 1.2), no hay duda de que el profeta formó parte del diligente esfuerzo por purificar a Judá y a Jerusalén de su idolatría. En Jeremías 11, Dios le informó a Jeremías de la intensa reacción a sus profecías en contra de los que quebrantaban el pacto. Jeremías describió su impactante descubrimiento con las siguientes palabras:

Y yo era como cordero inocente que llevan a degollar, pues no entendía que maquinaban designios contra mí, diciendo: Destruyamos el árbol con su fruto, y cortémoslo de la tierra de los vivientes, para que no haya más memoria de su nombre (11.19).

Costen J. Harrell dio la siguiente explicación de por qué el pueblo de Anatot estaba tan molesto:

La actividad de Jeremías a favor de las reformas de Josías, atrajo sobre su cabeza la ira de sus vecinos. La prohibición de todos los sacrificios fuera de Jerusalén puso fin al santuario de Anatot, afectando seriamente el prestigio de la ciudad y violando las tradiciones por largo tiempo atesoradas de ella. ¡Y la reforma fue apoyada por uno de sus ciudadanos e hijo de un sacerdote! ¡Cuán frecuentemente los hombres con intereses locales y sentimientos personales pesan más

que los principios eternos!⁶

¿Cómo reaccionó? (12.1–4)

Jeremías respondió de tres maneras a las acciones del pueblo de Anatot. En primer lugar, felicitó a Dios y buscó la ayuda de Dios (12.1). Este habría de ser el comportamiento de Jeremías en los meses y años venideros a medida que sus problemas se intensificaban. En segundo lugar, Jeremías le preguntó a Dios: «¿Por qué es prosperado el camino de los impíos, y tienen bien todos los que se portan deslealmente?» (12.1b). Estas preguntas también habrían de repetirse. En tercer lugar, Jeremías mostró algo de autocompasión. En 12.2 Jeremías trató de «educar» a Dios, describiendo cómo era el pueblo en realidad. En los versículos 3 y 4, Jeremías le recordó a Dios de su buena actitud para con el pueblo, dijo que Dios debería castigarlos, y ¡recalcó la necesidad de que lo hiciera rápidamente!

La motivación detrás de estos ruegos para que Dios actuara, no debería pasarse por alto: «... porque los hombres han dicho: “él [Jeremías] no verá nuestro fin”» (12.4; NASB). Cuando Jeremías declaró la condenación de ellos si no se arrepentían, el pueblo respondió con una réplica egotista en el sentido de que ellos todavía iban a estar vivos después de que la vida de Jeremías acabase. Jeremías le recordó a Dios esto (como si Dios no lo supiera), ¡e instó a Dios que hiciera algo al respecto de inmediato! Cuando la presión se nos viene encima, nos alteramos y nos apresuramos.

Francisco hizo la siguiente observación:

Cuando las cosas se echan a perder, una de las reacciones más seguras es la autocompasión. El autor recuerda la letra de una canción de su juventud que a menudo expresaba sus más tristes pensamientos:

Nadie me ama, todo mundo me odia
Iré al jardín y comeré gusanos.

La adversidad por lo general hace que sintamos autocompasión como si fuéramos las personas más desdichadas de toda la tierra.⁷

Aunque Jeremías cayó momentáneamente en la autocompasión y el miedo y se desesperó urgiendo a Dios a actuar, él no faltó a un solo compromiso de predicación.

¿Cómo reaccionó Dios? (12.6; 13.1–27)

Jeremías presentó sus cargas delante de Dios, y Dios preparó a Su profeta para lo que venía

⁶ Costen J. Harrell, *The Prophets of Israel (Los profetas de Israel)* (Nashville: Cokesbury Press, 1933), 127.

⁷ Francisco, 72.

(1^{era} Pedro 5.5–7). Dios planteó dos preguntas a Jeremías. En lugar de alimentar la autocompasión de Jeremías, animó a Su profeta a prepararse para las dificultades que se aproximaban. «Si corriste con los de a pie, y te cansaron, ¿cómo contendrás con los caballos? Y si en la tierra de paz no estabas seguro, ¿cómo harás en la espesura del Jordán?» (12.5).

Tal vez usted haya oído el cliché que dice: «¡Anímesese! ¡Las cosas podrían ser peores!», con la sarcástica respuesta: «¡Así que me animé, y de veras las cosas empeoraron!». Pero aun así, «¡Anímesese!» fue el mensaje básico de Dios para Jeremías, aunque de hecho su situación empeoraría. Ya Dios había proclamado por medio de Jeremías que el poder del norte vendría con caballos «más ligeros [...] que las águilas» a atacar a Judá y a Jerusalén (4.11–13). Estos ataques ni siquiera habían comenzado. Si Jeremías se había cansado haciendo el bien a estas alturas de los conflictos, ¿qué iba a hacer cuando el creciente ejército y la matanza lo rodearan?

Dios estaba en efecto diciéndole a Su profeta: «Jeremías, en lugar de hundirte en la autocompasión, levántate y prepárate para tiempos más angustiantes». ¡Qué mensaje más tremendo es el que da esto en relación con la percepción que tiene Dios de lo que podemos resistir! Dios le había dicho anteriormente a Jeremías: «... porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande» (1.7). Jeremías creía que estos primeros conflictos ameritaban que Dios respondiera de inmediato —pero Dios sabía que con el tiempo crecería la fe de Jeremías, no su temor.

¿Cuán a menudo huimos llenos de temor cuando Dios está a punto de ayudarnos a permanecer firmes y a crecer en la fe? La mayoría de nosotros usamos solo una parte de nuestra capacidad mental, rara vez conocemos nuestra fuerza física, y cedemos a los temores que podíamos haber superado. ¡Muy a menudo, comenzamos a titubear antes que la verdadera guerra haya comenzado! En lugar de rendirnos, deberíamos escuchar a Pablo cuando dice: «Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos» (1^{era} Corintios 16.13).

La lección aquí es tan real y tan básica como el descubrimiento que hace Pablo en 2^a Corintios 12.7–10, donde declara: «Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo [...] porque cuando soy débil, entonces soy fuerte». Es en el valle de nuestras debilidades que podemos aprender la lección por la cual ganamos las victorias más grandes de la vida: «Ceda usted el lugar a Dios».